

PRÓLOGO

Desde hace cientos de años el lector de diarios está ahí, agazapado, esperando abalanzarse sobre el incauto periodista, editor o autoridad política de turno para hacerle sentir que —afortunada o desgraciadamente— no está solo. Mucho tiempo antes de que la llegada de Internet permitiera que cualquier orate demorara solo diez segundos en opinar irreflexivamente sobre cualquier tema (mediante el único sacrificio de teclear un minuto indolentemente en la computadora o el celular), el lector era un tipo esforzado y persistente.

Sus ganas de hacerse oír eran por lo general inversamente proporcionales a la importancia de lo que tenía que decir, pero ello no le hizo desistir de su iluminada misión de escribir, tipear, imprimir y enviar cartas a los periódicos para opinar, reclamar y de paso agradecer a la sociedad con su visión del mundo, adjuntando una profusa e innecesaria documentación de su identidad. Entre este tipo de lectores están los «escritores de Biblias» (que calculan que los editores pedirán licencia para leer sus 92 páginas sobre la disposición incorrecta de las luces en el ornato público), los evangelizadores que esperan convertir a las masas ciegas ante verdades evidentes, y los iracundos que exigen una vindicación ante las injusticias sufridas.

La prensa fue gestando así un modelo de lector convencido y comprometido con su tarea de opinar sobre cualquier asunto o quejarse de todo tipo de cuestiones, ya fueran insignificantes o trascendentes para la vida en común del ciudadano. Este «lector que escribe cartas» generó su propio estilo, regado de abundantes preguntas retóricas, pródigas muestras de indignación, síndrome de persecución y megalomanía a pequeña escala. Uruguay, siempre cultor de cualquier excepcionalismo que sirviese para compensar su insignificancia y el complejo de haber nacido casi de casualidad, parece haber desarrollado un sorprendente talento para generar esta clase de lectores insistentes, dolidos, indignados y listos para demostrar con orgullo su pequeña parcela de conocimiento que ilumine las tinieblas ignorantes del redactor o el populacho.

Por supuesto que la queja ciudadana no nació de las cartas de los lectores y no ocupa hoy exclusivamente esta forma, pero fueron aquellas misivas las que ayudaron a asentar su estilo y expandirlo en el inconsciente colectivo.

Hace más de 200 años, por ejemplo, los periódicos *La Gazeta* de Montevideo y *El Sol* de las Provincias Unidas ya recibían cartas dirigidas a los editores con quejas sobre las acciones de «Buenos Ayres» (sic), un dato que parece insignificante pero que me detengo en señalar debido a un asunto no menor: se trata de la única alusión a una carta en este libro cuya veracidad puedo asegurar, ya que el autor insiste en que ha logrado desenterrar periódicos antiguos y misivas reveladoras que ningún historiador serio corroboró aún.

A lo largo de las siguientes páginas usted se encontrará con muchos ejemplos de cartas —así como facsímiles de periódicos y otras secciones— que cubren la historia de la ciudad hasta mediados del siglo xx y que ya prefiguran su idiosincrasia. El autor, en los frecuentes raptos de entusiasmo que demostró en mis encuentros con él, durante su desesperada búsqueda de un prologuista —y que yo atribuí a descompensaciones o un cuadro de indigestión— me aseguró que esta recopilación es una investigación única, relevante, que ha descifrado el ADN originario de la configuración mental del montevideano promedio actual. Estimado lector, a mí me pagaron por escribir el prólogo de este libro, no por comprobar lo que en él se dice, por lo que allá usted si decide aventurarse con credulidad en sus páginas.

Accedí también a encargarme de la revisión del texto, por lo que debo aclarar que me cupo la tarea de actualizar la gramática y detalles generales de la antigua ortografía del castellano, aunque en las cartas presuntamente más antiguas me permití dejar algunos modismos lingüísticos y ortográficos que hace mucho están en desuso.

Si usted, paciente lector, no se deja amedrentar por estos párrafos admonitorios y aún está convencido de adentrarse en estas páginas, solo me resta pedirle que me deje ser su guía —su Virgilio en esta comedia histórica— e invitarlo a introducirse conmigo en el paraíso, purgatorio e infierno del Montevideo antiguo con una sola advertencia: «Abandonad, los que aquí entráis, todo escepticismo».

Prof. Mario Guythent

Historiador y periodista

CAPÍTULO 1: LA MONTEVIDEO COLONIAL

Cuando el navegante florentino Américo Vespucio vislumbró por primera vez Montevideo en 1502, se quejó del viento escaso que obligó a sus carabelas a detenerse, de la corriente parda y del irritante cerro bajito de Montevideo al que bautizó «Pinachullo detentio», en un tono insultante que lamentablemente las crónicas históricas no recogieron.

Cuando en febrero de 1520 el contraamaestre Francisco de Albo divisó Montevideo, le irritó el curioso cerro con forma de sombrero, lanzó un juramento al aire y decidió quejarse con el explorador Fernando de Magallanes por haberlo llevado hasta ese páramo en el fin del mundo.

Hernandarias pasó cerca de allí en 1607, antes de llegar al río Santa Lucía, y se quedó molesto sin saber exactamente por qué. Volvió a la ciudad de Asunción con ganas de reclamarle algo a alguien, aunque no supiera bien qué.

Sin dudas en el entorno de ese cerro había algo flotando en el aire que incitaba a la queja, el reclamo o simplemente inspiraba el deseo de opinar sobre cualquier aspecto de ese pedazo de tierra olvidada que pudiera importunar a alguien. Y es que Montevideo y la queja nacieron juntas, como si la primera nunca hubiera podido tomar forma sin la segunda y supiera que iba a necesitarla para subsistir. De hecho, la capital nació de una carta de reclamo —de ocho, para ser más precisos— del rey español Felipe V, que ya en 1717 comenzó a escribirle pacientemente al gobernador porteño Bruno Mauricio de Zabala para advertirle de la amenaza inglesa y pedirle reiteradamente que fortificara la bahía montevideana.

Como Montevideo y la queja se sentían muy solitarias, llamaron desde temprano a la burocracia, lo que explica que el desganado Zabala se haya tomado seis años para comenzar la etapa fundacional de la ciudad, casi obligado al ver que los portugueses ya estaban acampando en la bahía montevideana.

La fascinación por protestar en este pedacito de tierra era tan fuerte que se cuenta que Jorge Burgues, el primer solitario poblador de Montevideo, le escribía cartas a su mujer sólo para reclamarle por el lamentable estado de su plantación en aquella penillanura desierta que era Montevideo, un hecho lamentablemente ignorado por los historiadores oficiales¹. Arribado en 1723, se había instalado en una casucha de piedra en el medio de la nada, a la espera ansiosa de las pocas familias de Buenos Aires e Islas Canarias que llegarían poco después y le darían la oportunidad de poder hablar con alguien sobre la desidia de la corona española con este rincón perdido al otro lado del mundo.

Afectados por aquel aire enrarecido, los pobladores de Montevideo protestaron desde temprano por algunos pequeños detalles inevitables en cualquier poblado en crecimiento. Es cierto: la primera parroquia contrahecha demoró 16 años en construirse, el primer Cabildo era una ruina que se vino abajo pocas décadas después y las murallas de defensa eran una dudosa obra de ingeniería que se volvió definitivamente un chiste en el asedio inglés de 1807, pero los montevideanos daban ya rienda a su nostalgia demandante por cualquier cosa.

A mediados del siglo XVIII surgieron las primeras escuelas de franciscanos y jesuitas en Montevideo, que —a juzgar por la evolución de las quejas al respecto— estaban en un estado un poco menos ruinoso que las actuales. Así comenzó la lenta alfabetización de aquel puñado de labriegos que había fundado la ciudad, parcialmente interrumpida cuando Carlos III expulsó a la Compañía de Jesús y los alumnos tuvieron que arreglárselas exactamente como ahora: con maestros particulares, en este caso contratados por el Cabildo y no pertenecientes al clero.

Para 1768, sin embargo, Montevideo ya tenía su primera botica, contaba con unos 3.000 habitantes —que al menos habían dejado de ser todos primos o parientes— y una efervescente vida social se desarrollaba en decenas de pulperías. Hacía esfuerzos valientes por salir de la Edad Media y acercarse a la Ilustración, ante la mirada escandalizada de muchos ciudadanos que ya sentían nostalgia de la época en que eran simplemente un puñado de cuñados.

¹ Leandro Abercromb. *Nueve mentiras uruguayas*. Montevideo: Ediciones Cyrano, pp. 23-24.

Primeras quejas: el ruido y la vida nocturna

En Montevideo no existirían diarios hasta 1807, pero los primeros y escasos montevidianos alfabetizados, impelidos por esa pulsión irrefrenable que estaba ya en el ADN de los orientales, se las arreglaban en la segunda mitad del siglo XVIII para escribir cartas al Cabildo indignados ante la situación de una ciudad que crecía a los tumbos. El hecho de que los cabildantes no supieran leer o escribir, a diferencia de los del resto de América (gracias a una excepción propuesta por Zabala ante la abrumadora cantidad de iletrados que poblaban este rincón y que fue corregida recién a partir de 1768), era un pequeño detalle que no desestimulaba a aquellos valientes ciudadanos, cuyas misivas se habían perdido en la noche de los tiempos hasta su reciente hallazgo. Era la más inocente de las decisiones de Zabala, que de paso pidió que los cabildantes no fueran «inferiores ni tuvieran raza alguna de morisco, judío ni mulato».

Como prueba de la inquietud ante un poblado que crecía a base de tenacidad pero también del empinamiento de codo en las pulperías, figura la primera carta de un ciudadano montevidiano, fechada en 1768, que intenta enfrentar uno de los primeros problemas de San Felipe y Santiago.

«Ciudad sucia y ruidosa»

(1768)

Señor Agustín de la Rosa², gobernador político de Montevideo:

Dado que no he podido lograr que una sola persona atienda los requerimientos de la ciudadanía y los canalice como es debido cada vez que concurro al Cabildo con ese fin (y créame, voy entre cuatro y seis veces por día, y la persona que encuentro allí ni siquiera está alfabetizada como para elevar la queja a los representantes de la corona), recurro a este medio para contarle que desde hace casi un año duermo mal y sobresaltada.

¿El motivo? La moda juvenil que ha traído últimamente gran número de pulperías a la zona en la que vivo, quadra de gente honesta y trabajadora y que ahora debe sufrir hasta altas horas de la madrugada la xuerga y los gritos de los duelos a

² Agustín de la Rosa fue un funcionario de la corona española que ejerció la función de gobernador de Montevideo entre 1764 y 1771.

facón. ¿No existe acaso una división de su gobierno que se encargue de controlar si los xóvenes gauchos y compadritos que se axustician a cuchilladas superan los decibeles permitidos en una ciudad de breve pero decente historia? ¿No sabe usted que las personas que son acuchilladas tienden a emitir gritos descontrolados y que superan todos los límites de la decencia, las buenas costumbres y la salud auditiva? ¿Acaso no es un derecho humano que las madres que crían una familia según las buenas costumbres tengan al menos la potestad de elegir cuál es la hora límite para escuchar los derramamientos de sangre?

Es deber de V. Excelencia preocuparse por el bienestar de los ciudadanos de a pie, que no obtienen el descanso que sin dudas merecen. El asesinato en duelos de honor produce una contaminación sonora inaceptable para una ciudad como Montevideo y dexa además una suciedad perenne, producto de las dificultades para lavar la sangre de la tierra y el empedrado. Cabe preguntarse: llevamos décadas de gobierno inoperante y poco eficiente de la corona española en Montevideo, ¿no será hora de cambiar?

Atentamente,

Rosa Márquez

Documento: 238

El transporte

A finales del siglo XVIII, tras la creación del Virreinato del Río de la Plata, el puerto de Montevideo impulsó cierto progreso comercial que hizo que la ciudad recibiera inmigrantes de Europa y América. Montevideo empezó a crecer y algunos la tildaron injustamente de ser sucia, chica y mal iluminada para albergar a la nueva población que se expandía, crecimiento debido no solamente a la inmigración, sino también a la desinteresada tarea reproductiva de José Artigas y otros patriotas con una generosa proporción de primas bien dispuestas. Pese a las quejas, Montevideo tenía ya gratis aquellos encantos por los que miles de montevidianos pagan hoy fortunas en las costas de Rocha: romántica iluminación a velas, saneamiento inexistente y calles angostas llenas de pozos, zanjas y baches, donde los

ciudadanos se movían a pie, en mula, en caballo o en carros, por llamar así en forma optimista aquellos antediluvianos vehículos a tracción a sangre que pululaban por todas partes.

La imprenta no había llegado a Montevideo en esas épocas —básicamente porque casi nada había llegado aún—, pero los ciudadanos continuaban insistiendo en enviar cartas a los gobernadores mediante el Cabildo, que hacía frente a la amenaza de ruina con un garbo colonial que no era apreciado debidamente por aquella población.

«Cansado de los carritos con caballos»

(1790)

Señor gobernador:

Una ciudad que cuenta ya con más de cincuenta años de vida, que se dice moderna en este mundo global en el que vivimos desde los descubrimientos de la corona española, no debería seguir permitiendo el uso de carros de caballos y su consiguiente ingreso a cualquier parte de la ciudad.

Los montevideanos del siglo XIX sin duda se burlarán de sus primitivos ancestros, que usaban carros de caballos para trasladarse de un lado a otro cuando bien sabemos ya de las fabulosas máquinas que se están gestando al otro lado del océano, en los países industrializados. Temo no ser nada osado —más bien timorato— al afirmar que para 1890, en un siglo, no habrá ya carritos de caballos trasladando a seres humanos en Montevideo, con la denigración que significa para esos animales, sus conductores y lo incómoda que resulta su circulación para los seres humanos que habitamos este rincón.

Las callexuelas estrechas, en especial las de la llamada ciudad muy vieja, no resisten el paso de carruaxes con caballos, que además no favorecen el aseo de la ciudad. ¿Imagina usted dentro de 50 años una ciudad en la que la bosta reseca de los caballos, recalentada al sol, ofenda las narices de los ciudadanos como si vivieran en una porqueriza? ¿No es verdad que no? Yo tampoco. Por eso es que Montevideo debe cambiar antes de que la modernidad, con su espíritu brioso, se la lleve por delante.

Ynstigo a las autoridades, encarnadas en el señor gobernador Olaguer Feliú³, a que se sacudan la modorra y legislen adecuadamente para impedir que Montevideo siga en la barbarie, a la sombra de su vecina y luminosa Buenos Ayres. ¿Será posible que el señor gobernador no haya visto este problema, que rompe los ojos de los biempensantes? Llámeme nostálgico de la otrora bucólica San Felipe y Santiago de Montevideo, pero quiero creer que esta desidia es producto solamente de la inoperancia y no de la mala intención.

Lo saluda,

Domingo Burgues

Documento: 9.234

Transcripción de una de las primeras sesiones de los cabildantes

Pese a que aún no se había desarrollado la prensa y a que los cabildantes eran en su mayoría analfabetos —que al principio sesionaban sin local fijo y ni siquiera mobiliario— se han encontrado recientemente algunas actas de sus primeras reuniones en los Libros Capitulares de la ciudad. Estos registros, que se creían perdidos, fueron tomados a pluma y papel en la Sala Capitular a fines del siglo XVIII y ya dan una pauta de algunos de los reclamos esenciales de la población. Muchos de ellos eran transmitidos por la figura del Defensor de los Pobres, creada para atender necesidades de pobres, esclavos e indígenas.

ALCALDE DE PRIMER VOTO PARODI: A consideración el primer punto del orden del día, que es la queixa repetida por las continuas picadas de carretas en algunas vías y la idea de crear un corredor central que aliviane el tránsito de los mencionados vehículos.

REGIDOR GUTIÉRREZ: Solicito un cuarto intermedio de diez minutos.

PARODI: Aún no comenzamos, ¿con qué motivo?

GUTIÉRREZ: Orinar, don alcalde.

³ Antonio Olaguer Feliú ocupó el cargo de gobernador de Montevideo entre 1890 y 1897.

ALCALDE DE SEGUNDO VOTO BERRO: Yo presento una moción para que el regidor, que es ya un anciano de 52 años con varias afecciones, pueda orinar en el rincón de la sala en plena sesión, a fin de no interrumpir cada diez minutos. Recuerden los excmos. cuando estuvimos quatro horas para elegir si queríamos cuero claro o cuero oscuro para la pared de la sala.

(Dialogados y votación.)

PARODI: Moción aprobada.

GUTIÉRREZ: Gracias, con vuestra merced.

PARODI: Tiene la palabra el regidor Cantero.

FLORINDO CANTERO: Gracias. Yo quiero mencionar hoy el tema del xuego llamado «la gallina», que tantas vidas de xóvenes está costando. Se colocan dos carretas de bueyes frente a frente y se lanzan una contra otra. El que desvía su dirección para no chocar es llamado «gallina» y pierde succulentas apuestas en reales. Es un flagelo de la Montevideo moderna, porque los bueyes son muy lentos para cambiar de rumbo, resultando en graves accidentes. Y creo que esto no se arregla con sanciones como la pena capital, porque es un tema cultural, parte de la pérdyda de valores que nos afecta como sociedad.

BERRO: Yo apoyo el comentario y quisiera saber si el señor gobernador piensa seguir cruzado de brazos y sin hacer nada ante esta realidad, mientras perdemos los capitales más valiosos que forman una sociedad, que son los bueyes.

DE LAS CARRERAS, DEFENSOR DE LOS POBRES: Quiero señalar además que varios esclavos mueren en esta práctica al acompañar a sus amos sobre los carruaxes, quando en realidad estos esclavos no han elegido participar de este peligroso xuego.

BERRO: Yo apoyo el comentario: no sólo se están perdiendo bueyes y vidas humanas, sino también mercadería valiosa.

LATORRE (cantando): Son los pájaros de bronce de la vieja catedral, en aleluyas cantando... DIN DON DAN... DIN DON DAN...

PARODI: Pregunto a los cabildantes si es necesario tener entre los presentes a don Latorre, consabido deficiente mental del

pueblo, que sólo sabe repetir pregones y que además firma todos los acuerdos con una cruz hecha con su propia saliva.

GUTIÉRREZ: Bien sabe V. que con las limitaciones impuestas por la corona no llegábamos a completar el número mínimo de cabildantes. Debíamos optar entre Latorre, el sordito de extramuros o el violador de la calle San Gabriel.

LATORRE (cantando): Aaaaguatero, aaaaguatero, agüita fresquita en caneca de barro...

PARODI: Por favor, excelentísimos cabildantes, que alguien me quite de encima a este imbécil, que está babeando mi peluca empolvada y la chupa.

CANTERO: Sea preciso, don alcalde, ¿la babea o la chupa?

PARODI: No tiene a la imbecilidad usted también. Hablo de la chupa de angaripola que luzco.

BERRO: Alcalde, finxa que le compra agua y se quedará en paz unos minutos.

LATORRE (cantando): A la buena leche gorda, lechero, lecherito, le regalo la manteca, cómpreme usté mi amito...

CANTERO: Ahora cree que es el lechero. Don alcalde, saque dos reales imaginarios, pídale que salga a buscar más manteca y todos contentos por un rato.

DE LAS CARRERAS, DEFENSOR DE LOS POBRES: Compañeros y compañeras, no nos cuesta nada decir «todos y todas contentos y contentas». Intentemos ser inclusivos. Todos y todas merecemos ser representados y representadas en el Cabildo, también la pobreza y la imbecilidad.

BERRO: Los imbéciles ya están suficientemente representados por vuestra presencia, De las Carreras.

DE LAS CARRERAS: Los o las imbéciles, le ruego por favor.

BERRO: ¡Vuestra corrección política me importa un rábano, De las Carreras!

LATORRE (cantando): Verdulero, verduleeeero, habas, choclos, zapallitos... Lechuga, cebolla y axo, ¡y los ricos rabanitos!

DE LAS CARRERAS: Creo que al decir verduleros en forma genérica estamos propiciando el ocultamiento y el desprecio de la población de mujeres trabajadoras en el sector hortofrutícola. Mucho mejor sería referirse a los «seres verduleros».

(Dialogados e interrupciones.)

ALFÉREZ BUSTILLO: Aigñña... ahmdd...

(Frasas no articuladas.)

PARODI: ¿Puede alguien explicarme qué intenta decir el alférez Bustillo? Creo que es una necesidad inevitable tener entre nosotros a cabildantes analfabetos, pero haber nombrado a alguien que ni siquiera aprendió a hablar es pecar en exceso, a mi entender.

DE LAS CARRERAS: Aquí hay olor a discriminación política...

BERRO: ¡Aquí hay olor a los orines de Gutiérrez! No se puede aliviar la vexiga con tanta frecuencia sin distorsionar el normal funcionamiento de todo el cuerpo de cabildantes y del suyo propio...

CANTERO: Si V. excelencias me lo permiten, deseoso estoy de retomar la mencionada queja sobre el accionar suicida de quienes disputan las llamadas «picadas de carretas» a la altura de las bóvedas. Sabido es que es de honda preocupación para todos los ciudadanos...

DE LAS CARRERAS: ¿Por qué mexor no decir la ciudadanía y evitar así una perspectiva androcéntrica?

GUTIÉRREZ: ¿Por qué no se va usted a tomar por culo o cola?

BERRO: De las Carreras, ¿por qué mexor no juega usted a la gallinita ciega, amarrado de pies y manos a un buey, unidos a tal punto que no se distingua la cornamenta del animal de la suya propia, si las habladurías sobre su mujer son de fiar?

PARODI: Les ruego no entréis en calor, compañeros.

LATORRE (cantando): Calentito el pan casero, tengo salado y dulzón, un cuartillo los chiquitos, ¡los grandes un patacón!

ALFÉREZ BUSTILLO: ...grañdles... pangttacón (ininteligible)

CANTERO: Don Parodi, solicito un cuarto intermedio de 20 minutos para restablecer el orden en la sala.

PARODI: Se vota el cuarto intermedio y se levanta la sesión.

Las intrusiones indígenas y la inseguridad

Montevideo ya veía con malos ojos las modas que llegaban de Buenos Aires en los primeros siglos de la dominación española en América. Una tendencia que especialmente no querían repetir en la Banda Oriental era la costumbre de comerse a sus prójimos para sobrevivir al hostigamiento de los indígenas, como sucedió a los españoles que quisieron fundar Buenos Aires en 1536 y que fueron sitiados por los querandíes en su fuerte.

A pesar de haber construido las fortificaciones correspondientes, la amenaza indígena estaba presente en el poblado: los montevidianos no lograban evitar que los indios minuanes hicieran varias incursiones para robar en la ciudad o se llevaran a los incautos que quedaban fuera de los portones de la ciudad a deshoras. A ellos se le sumaba el inexistente alumbrado público (llegó en 1795 gracias a velas de sebo metidas en faroles), la ausencia de cualquier cosa parecida a la policía y el alto índice de maleantes por cuadra, una combinación que hoy haría entrar en éxtasis al oyente promedio de las radios AM en las madrugadas. Décadas después, en 1833, un impresionable Charles Darwin recordaba Montevideo y «las violencias de los bandoleros que en ella habitaban». Tampoco ayudaba demasiado que la navaja fuera más popular que el lápiz entre los escolares y el facón fuera parte obligada de la vestimenta diaria. Para 1792 había montevidianos que creían que la situación era insostenible y no podían hablar de otra cosa, como demuestra esta carta dirigida al gobernador.

«La inseguridad campea»

(1792)

Señor gobernador:

El tema de la inseguridad es el que está sobre la mesa día a día, y no es para menos: basta sólo con hablar con las vecinas en la pulpería para percatarse de que el abigeato, el robo a

facón, el copamiento a flecha armada o el secuestro a caballo exprés están a la orden del día. Dada la inoperancia de la gobernación de Montevideo, los ciudadanos indignados terminamos buscando soluciones nosotros mismos, aunque bien sabe Dios que no apruebo el accionar de algunos vecinos que aún cometen el descuido de salir sin facón al cinto.

Quiero detenerme con especial atención en las tribus que con su peculiar aspecto asuelan especialmente la periferia de la fortaleza. Nos referimos a las tribus indígenas, en especial los indios minuanes, convertidos ya en una tribu urbana a juzgar por sus repetidas incursiones en el casco de la ciudad. Al parecer ahora se esconden en las llamadas «reducciones rojas» en las que ni los soldados ni los curanderos se animan a entrar, por lo que quando cae la noche Montevideo se convierte en tierra de nadie.

Por eso debemos exigirle más a las autoridades del Cabildo y dejar de aceptar como respuesta que «no hay caballos suficientes en el destacamento», lo que suena a chiste a quien clama por ayuda.

Muchos de estos indígenas son además menores, que son dexados libres o devueltos a sus xefes en un periquete. ¿Qué ciudad es esta en la que quien defiende a machetazos su mendrugo de pan pasa penurias carcelarias mientras los menores que asesinan se pasean por los arroyos tan campantes?

¿Es que hay que pensar que todos los ciudadanos debemos construir en nuestros hogares murallas, puente levadizo y contar con seguridad personal? ¿Y qué sucede con las bandas de foraxidos que asuelan de noche la calle Sarandí, rompiendo cosas y orinando en las paredes en lugar de orinar en la vía pública, como ordena la decencia? Parece que para la guardia de seguridad esta conducta es normal, no pasa nada, *tout va très bien*. La reciente marcha contra la inseguridad realizada por el caballeroso don Felipe Carrasco, con una abigarrada multitud de 87 asistentes, demuestra que la sociedad está harta, señor gobernador.

Creo que hablo por muchos ciudadanos cuando pido que V.E. haga algo y tome barajas en el asunto. La gente teme salir a la calle y no volver, y ciertamente no quiere vivir las 25 horas del día⁴ tras los muros, como si los ciudadanos estuvieran sitiados.

Cordialmente

Raimundo Otorgués

Documento: 2.345

Sin embargo, los intentos de apaciguar a los indios por parte de las autoridades españolas, al retenerlos en las reducciones indígenas, atacarlos cuando se pasaban de la raya u ofrecerles convenciones de paz, tuvieron su contraparte cuando el único jefe charrúa alfabetizado dirigió una carta de queja al Cabildo, preocupado porque su tribu sufría el flagelo de otro tipo de inseguridad. La misiva echa nueva luz a cómo y por qué el prócer José Artigas se unió al cuerpo de blandengues de Montevideo a fin de siglo, después de pasar varios años entre gauchos y charrúas.

«Para vivir en paz»

(Carta al Cabildo, 1797)

El Gran Jefe Blanco nos comunica que quiere paz, pero indios sentirnos como mulitas al ser arrinconadas en sus cuevas por cazador. Nosotros sólo querer vivir tranquilos, disfrutar de esta gran sábana verde ondulada que nos cobija, hacer hermoso y complejo arte pictórico, instrumentos científicos y tratados astronómicos que enterramos profundo, bien profundo en lugar muy escondido para protegerlo hasta que Gran Jefe Charrúa regrese al final de los tiempos.

Pero nosotros no poder dormir en paz. Desde que El Gran Hombre con Nariz de Águila llegó a nuestras tierras, nuestras mujeres son como plumas de avestruz que lleva el viento. Todas vuelan alborotadas alrededor del hombre blanco que algunos llaman Artigas, y al final indios quedan solos. Un hambre voraz, como el yaguaritica en celo, tiene Nariz Aguileña de

⁴ Incluso los ciudadanos alfabetizados tenían un gran desconocimiento de temas astronómicos.

las hembras charrúas. No está satisfecho con una y roba las mujeres como el zorro a los huevos de gallina, pese a que charrúas poseen más hembras que metáforas de animales.

Charrúas, chanás, minuanes, todos hacer lo que Nariz Aguileña pide para dejarlo contento: contrabandear al Brasil para vender a portugueses, arrear cabezas de ganado robadas para venderlas ilegalmente, establecer puesto de frontera para intercambiar mercadería sin impuestos. Pero es inútil, ni toda el agua de la cuenca del río de los pájaros pintados podría calmar el fuego que este hombre blanco lleva en sus entrañas, ese volcán cuya lava erupciona generosamente sobre hijas, nietas, consortes o sobrinas de los charrúas. Siempre con la chuza en alto, lanza en ristre, las boleadoras juguetonas, el quillapí bien armado, la flecha preparada, la trompa tensada y el trabuco listo para disparar, Nariz Aguileña entrega la cornamenta del noble ciervo a todo charrúa que conoce. Donde el Jefe Artigas pisa, nace un hijo y también un venablo, repite viejo refrán. Y para peor charrúas tener ahora también al Caciquillo, medio charrúa hijo de Nariz Aguileña.

Si Cabildo no llama a Jefe Artigas y lo lleva con él, indios desesperados deberán asolar las murallas para obtener mujeres. Llamo al Gran Jefe Blanco a valorar a Nariz Aguileña como un soldado ideal a tener al servicio de la Corona y lejos de hermosas tierras y mujeres charrúas. Lo rogamos para vivir en paz.

Abayubí

El maltrato animal

Los gauchos y montevidianos de fines del siglo XVIII eran hombres guapos que no tenían problema en cuerear y desayunarse a cualquier animal con el que se toparan. No lo hacían solamente para comer, sino también para vestirse. Para combinar con las chupas de angaripola y el calamaco al hombro, aquellos ciudadanos tenían la moda de vestirse con botas de vaca y de ternera, lo que irremediablemente llevaba a una matanza de ganado generalizada, debido a la egoísta costumbre de estos animales de morir si les sacan la piel que los recubre.

La costumbre fue prohibida por 1785, pero no a causa de la presión de una población sensibilizada sino de la de los estancieros, que inauguraron de esa forma uno de los mayores patrimonios del Uruguay como nación: la queja del productor rural, que se transmite en forma intacta junto a los apellidos de los terratenientes desde entonces. Ante la veda, la moda que sustituyó a aquellos calzados fue la bota de potro, lo que tranquilizó la conciencia de muchos al salvar la vida de miles de terneros para pasar a ajusticiar solamente miles de yeguas.

Las mulitas, patos silvestres y perdices también eran cazados en masa, tanto que a principios del siglo XIX se llegó a vedar la caza a fin de preservar las especies, un razonamiento insólito para la época.

Faltaba un buen tiempo para que en Montevideo naciera el activismo en defensa de los animales, rasgo saliente de un sector de nuestra sociedad actual, pero aun así es posible rastrear el primer registro de ecologistas en reclamo contra el maltrato animal en la capital. El año era 1800, pero ya se notaba una humana preocupación por el bienestar de todos los seres vivos en el terruño criollo.

«Crueldad animal»

(1800)

Señores cabildantes:

Vergüenza debería darnos como país que ya está entrando de lleno en el siglo XIX —y que pretende abrazar la modernidad— tener que presenciar en forma reiterada casos de crueldad y maltrato animal en nuestras calles. Hemos visto pobrísimas casas de adobo y piedra en las que raquíticos individuos —que además muestran su costillar en forma vergonzante en plena vía pública— cazan ratas para comer o incluso las emplean para su divertimento.

¿Es que no hay sensibilidad ninguna en el gobernador Joaquín de Bustamante?⁵ ¿No se da cuenta de que esos roedores sobreviven en forma precaria ante el desinterés y situación anémica de los seres humanos con que conviven? Esos perezosos, al hurgar en los desperdicios y excrementos que se acumulan en los caminos de tierra, pueden contagiar fatalmente con sus en-

⁵ José de Bustamante y Guerra —no Joaquín, como escribe la ciudadana— gobernó Montevideo entre 1797 y 1804.

fermedades tanto a los roedores como a los parásitos y otros invertebrados que en ellos habitan.

Las personas sensibles al sufrimiento ajeno no podemos descansar mientras haya una sola rata expuesta al maltrato de sol a sol en las calles y debemos denunciar y perseguir a quienes —movidos por el hambre o simplemente la bajeza de espíritu— las atormentan con crueldad. De eso el gobierno comunal parece que no se ha enterado.

Pues bien, ni que hablar entonces de los perros cimarrones que deben alimentarse de los indios charrúas y guaraníes que vagan en forma amenazante por la periferia desde que culminaron la construcción de la ciudadela y las murallas. Usted bien sabe que es peligroso para los canes alimentarse de huesos quebradizos, como sin duda lo son los que constituyen la poco armoniosa anatomía de los indígenas famélicos que hacen campear la inseguridad cerca de los arroyos y pagos cercanos. ¿Cuántos perros atragantados o directamente asfixiados quiere cargar en su conciencia el señor de Bustamante?

Somos muchos los ciudadanos preocupados por estos temas, y sin duda usted recibirá decenas de cartas de este tipo una vez que muchos de estos otros individuos de bien logren alfabetizarse.

Y pensar que la corona española derrocha dinero en mantener a unos quantos y los animales que aspiran a tener una vida digna no tienen derecho a nada.

Jacoba Pistolet

Documento: 6.556